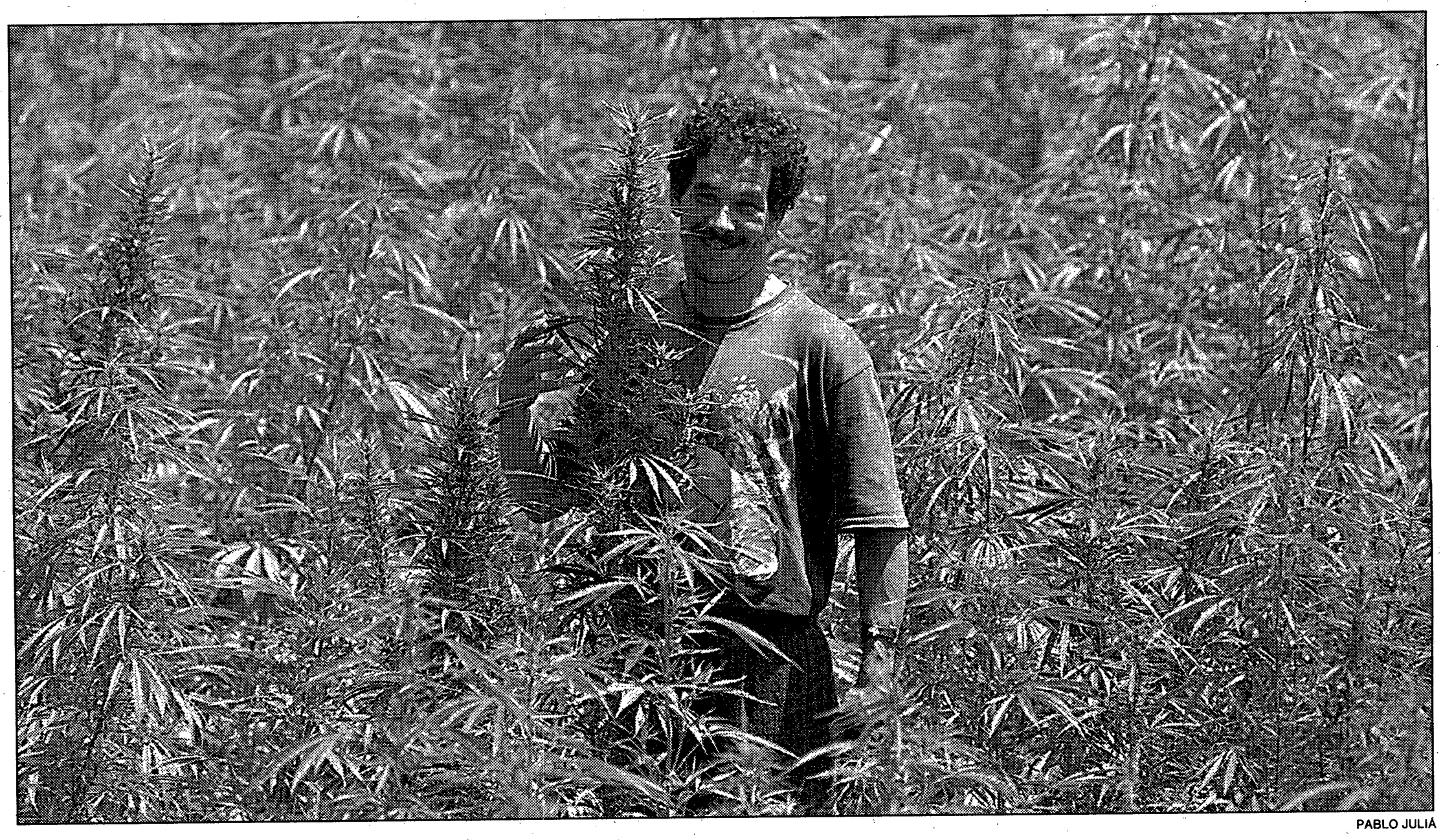


PABLO JULIÁ

El rifeño Ahmed, en medio de su plantación de *cannabis*, en el norte de Marruecos.

El chocolate de Alá

1.500 toneladas de hachís, la mejor cosecha en muchos años, esperan en Marruecos compradores españoles

JAVIER VALENZUELA

Ahmed se ha encaramado al árbol con una agilidad sorprendente para alguien que lleva más de dos horas seguidas fumando sin parar pipas de *kif* y canutos de hachís. Lo celebra con una sonrisa y pone manos a la obra: las brevas que va recogiendo comienzan a circular hacia abajo. Las brevas están casi maduras y se comen con agrado. Su carne, fresca y prieta, palia el ambiente de tostadero del bancal. Ahmed baja en dos o tres movimientos, respira hondo y su pecho se hincha bajo una camiseta negra. En la camiseta, un par de leones enmarcan un escudo heráldico cuyo motivo principal es una gran hoja de marihuana. Hojas como ésta las hay a miles en este bancal y en todos los demás bancales de las tierras de Ahmed. Hasta donde se pierde la vista no hay otra cosa, salvo unos pocos frutales y pinos.

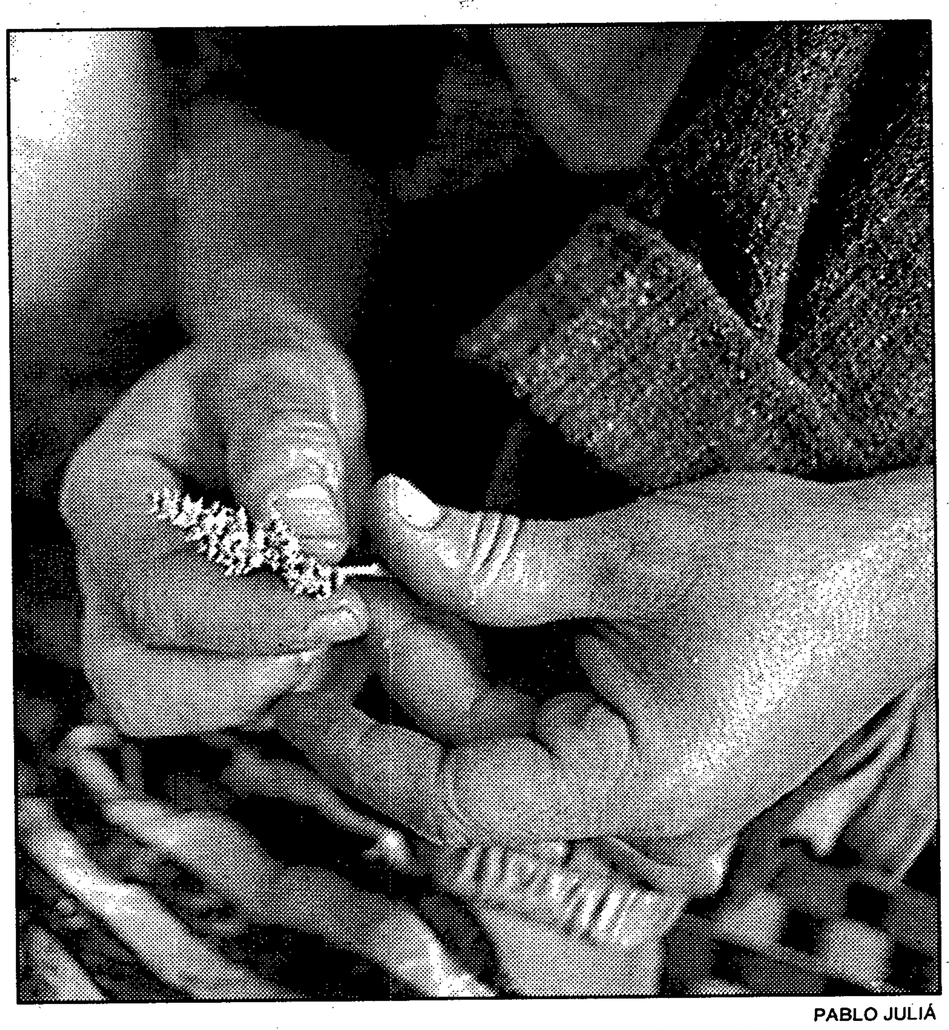
Tras unos días de lluvias tormentosas, el sol abrasa las montañas del Rif en este mediodía del último jueves de junio. Ahmed está enseñando sus campos a sus huéspedes. "A todos mis amigos españoles", dice, "les gusta ver *la planta*". Ahmed tiene muchos amigos españoles: "Gente de Bilbao, Lugo, Valladolid, Madrid, Cartagena, Sevilla, de todas partes", que vienen a comprar "unos kilos". A todos les invita a fumar, beber té con hierbabuena y comer un buen *tajín*. A todos les enseña *la planta* y con casi todos llega a buenos acuerdos sobre la cantidad, el precio y la entrega del hachís que de ella sale. Eso trenza las relaciones personales con las comerciales. Ahmed no emplea nunca la palabra "clientes". Los españoles que suben hasta aquí son sus "amigos". Suelen volver y traerle regalos. Por ejemplo, la camiseta negra con el escudo heráldico de la marihuana es un regalo de un amigo de Madrid.

A *la planta* —así, por antonomasia y en castellano, la llama Ahmed— se la ve alta, verde y saludable. Fue sembrada en febrero y ahora está en plena floración. Se extiende con desparpajo a lo largo de decenas de bancales o terrazas escalonadas. En los bordes más próximos a su casa, Ahmed cultiva también tomates, calabazas y cebollas. Pero esas cosas, al igual que el fruto de los albaricoques, olivos, higueras, granados y naranjos de estos campos, es para el consumo doméstico. De lo que viven Ahmed y los suyos es de *la planta*.

Ha sido un año excelente para *la planta:* ha tenido las proporciones exactas de sol y lluvia en los momentos precisos. La cosecha va a ser la más abundante de todos los tiempos y una de las de mejor calidad. Se superarán en el norte de Marruecos las 1.500 toneladas de hachís del pasado año y los 2.000 millones de dólares de negocio. A Ahmed se le escapan esos datos, pero confirma la bondad de la temporada. La prueba está ahí: en esas plantas que se aprietan en los bancales, que llegan a los 1,70 metros de altura de la coronilla de su dueño y que todavía "tienen que crecer mucho" en las dos o tres próximas semanas. También en ese excelente olor que desprenden las hojas al ser apretadas por los dedos. "Van a dar un *kif* y un *chocolate* de puta madre. *Al handulilá,* alabado sea Dios".

No sabía Ahmed que algunos laboratorios del sur de España han detectado una presencia extraordinaria de polen de *cannabis* en los vientos procedentes del Sur, pero se desternilla al escucharlo. "Lo que pasa", dice, "es que oler la planta no coloca. Tendrán que venir a llevarse el material". Ahmed lo tendrá listo al término del verano. A finales de julio, él y sus familiares cortarán las matas. Será un trabajo duro, porque habrá muchas y hará mucho calor. Luego separarán el polen y la resina de las hojas y flores, lo que les llevará tres semanas. Por último, a partir del polen y la resina, prepararán durante cerca de un mes el hachís. El *kif* —las hojas y las flores secas— se quedará para fumar en casa. El hachís, en tabletas envueltas en plástico, estará listo para los "amigos".

Disponiendo entonces de "unos cuantos miles de kilos", Ahmed fijará sus precios. Ahora, el material disponible es de la última cosecha. Queda poco y es caro: 10 dirhams (unas 150 pesetas) el gramo para un pedido menor, "algo para fumar unos días en Xauen". Pero esa cifra es negociable y puede llegar a dividirse por dos, tres y hasta cuatro para un negocio "en serio". Todo depende de los kilos que se deseen. Ahmed puede ayudar a la hora de encontrar sistemas para introducir la mercancía en España: amigos suyos tienen garajes en el Rif que saben "preparar un coche", y si no, puede hablar con "alguien que conoce a alguien que tiene un barco". "No hay problema, amigo. Tan sólo hay que ir tranquilo".



PABLO JULIÁ

La flor de *cannabis* será utilizada para hacer *kif*.

Ahmed tiene treinta y tantos años, el pelo corto y rizado y un bigote y una perilla bien recortados. Ha heredado estas tierras de su padre, y le van bien las cosas. El año pasado se casó con una prima, y la boda se celebró de acuerdo con la tradición rifeña y por todo lo alto. Ahora espera un hijo que desea con toda su alma que sea varón. Ha hecho reformas en la casa, que ya cuenta con luz eléctrica, agua corriente, cuartos de baño y televisión, y su siguiente objetivo es comprarse un coche alemán. Le sobra el dinero para ello —"tengo mucho *flus* ahorrado, pero no en el banco"—; lo que no tiene es carné de conducir. Pero eso puede comprarse. Cualquier papel puede comprarse en Marruecos. Ahmed ya se ha agenciado el pasaporte, y calcula que por 2.000 dirhams conseguirá el permiso de conducir sin necesidad de pasar por la autoescuela. De hecho, dice, el papel más caro es el visado para España. Unos amigos le han dicho que pueden conseguírselo por medio millón de pesetas.

Las tierras de Ahmed están situadas en el corazón del Rif, a unos 1.100 metros de altitud sobre el nivel del mar y a unas pocas decenas de kilómetros de Xauen en dirección a Ketama. Una carretera asfaltada serpentea a tiro de piedra de los bancales donde se yerguen las plantas de *cannabis*. Éstas son visibles

para cualquiera que pase por allí. Pero tampoco eso representa un problema. Todos sus vecinos están en lo mismo, es tan visible como el sol. Se dice que unas 30.000 hectáreas, un tercio de las tierras cultivables de las montañas del norte de Marruecos, están dedicadas al *kif*. "Puede ser", dice Ahmed; "aquí, desde luego, es el 80%".

Como buen rifeño, Ahmed tiene claro que las tierras son suyas y con ellas hace lo que le place. Quien intente negarles a sus derechos debe ser muy fuerte. Son combativos. Con Abdelkrim a la cabeza, dieron mucha guerra a los españoles en los años veinte. Luego, en 1959, Hassan II, entonces príncipe heredero, y el general Oufkir tuvieron que emplearse a fondo para meterlos en cintura. En los ochenta volvieron a rebelarse en Nador, Tetuán y Alhucemas. Ahora le reconocen al Estado el derecho a controlar las carreteras asfaltadas y los grandes núcleos urbanos de la región, pero, a partir de ahí, ellos son los dueños. En la aldea de Ahmed la policía sólo entra si se le llama "porque alguien ha matado a alguien".

Las reformas que Ahmed ha introducido en su casa no han alterado su vieja estructura bereber. No se trata de una sola vivienda, sino de un conjunto de ellas, una especie de cortijada donde viven abuelos, tíos y primos. Los volúmenes son cúbicos, los tejados planos y cubiertos de arena, y los muros, levantados con paja, tierra y moñiga de vaca, muy gruesos. Los cuartos son bajos y con vigas y alfajías. Las paredes exteriores acaban de ser blanqueadas y las interiores brillan con combinaciones de azul celeste y verde almendra. En el interior hace fresquito. En invierno, asegura Ahmed, ese fresquito se transforma en un calor que hace soportable las bajísimas temperaturas exteriores.

A *la planta* —así la llama Ahmed— se la ve alta, verde y saludable. Fue sembrada en febrero y ahora está en plena floración. En agosto, el hachís estará en el mercado

Se escucha música *reggae* mientras, sobre una tablita de madera de nogal, Ahmed pica con un cuchillo curvo el *kif* y, luego, en otra operación, el tabaco, también de su cosecha. Mezcla una porción de tabaco con tres de *kif* y rellena la cazuelita de barro de su *sebsi* o pipa. Da una larga calada y habla de la policía. Aunque todo puede ser comprado, con la policía hay que respetar ciertas formas. Nunca debe circularse con mercancía encima —"ni siquiera una *chinita*"— por las carreteras asfaltadas. "La montaña", sentencia, "tiene muchos otros caminos". Tampoco debe fumarse con ostentación en lugares públicos, pero no hay problema en el ámbito privado. Cuando llegan nuevos funcionarios hay que extremar la cautela. Es el caso ahora de Xauen, donde acaban de instalarse un nuevo comisario y veinte agentes de refresco. Con el tiempo, los rifeños les tomarán la medida, pero entretanto hay que moverse "sin paranoias, pero teniendo cuidado con lo que se dice y a quién se dice".

Varias pipas de *kif* y varios canutos de hachís después, Ahmed se levanta para traer la comida, un *tajín* de sardinas, y la bebida, agua deliciosa de un cercano manantial. Las mujeres de la casa no se han hecho visibles en ningún momento. Se supone que han estado faenando en la cocina. Los niños de ambos sexos están en los prados con las vacas. Ahmed cuenta que, si no fuera por el *kif*, sería mucho más duro vivir en estas montañas. De hecho, muchos rifeños emigraron en los sesenta y setenta a Bélgica, Francia, Holanda y España. Sus envíos de dinero, el contrabando procedente de Ceuta y Melilla y el cultivo de *la planta* mantienen a los que siguen. Gracias al *cannabis*, ocio y negocio son para ellos la misma cosa. Los rifeños no tienen el menor sentimiento de culpa por cultivar una hierba "creada por Dios" y que ellos mismos consumen en gran abundancia. Esa hierba les está permitiendo prosperar.

40 'camellos' españoles, encarcelados en Tánger

J. V.

Les traicionaron los nervios. Insistían en que querían embarcarse para Algeciras y eso no podía ser. La línea de mercancías Tánger-Algeciras estaba cerrada: todos los camiones debían ser embarcados en buques con destino a puertos franceses. Era una decisión de las autoridades marroquíes, que temían por la seguridad, en el otro lado del Estrecho, de todos los vehículos de transporte de mercancías procedentes de Marruecos. Allí, recordaban, estaban en pie de guerra los pescadores. Pero ellos insistían: tenían que ir a Algeciras. "¿Qué es lo que llevan?". "Naranjas". "Eso vamos a verlo ahora mismo". Llevaban naranjas, sí, pero también 12.000 kilos de hachís, el mayor alijo jamás capturado en el puerto de Tánger.

Los protagonistas de esta historia, un padre y su hijo, son españoles y llevan dos semanas en la cárcel de Tánger. Sobre ellos pesa la amenaza de una condena de hasta diez años de cárcel. Y es que, desde el punto de vista de la letra de la ley, el reino jerifiano es mucho menos tolerante con el hachís que España. Cultivarlo, poseerlo, consumirlo y transportarlo está estrictamente prohibido. Y tanto da que se tengan encima unos gramos o una tonelada: las condenas pueden oscilar entre tres meses y diez años de prisión. Ahora, en la cárcel de Tánger, junto al chaval que quería llevar con su padre algunas naranjas y 12.000 kilos de *chocolate* a Algeciras, se pudre otro joven español sorprendido con 30 gramos.

PABLO JULIÁ

Ahmed prepara su pipa después de triturar la planta de *cannabis*.

Todo es ilegal en Marruecos, pero todo, drogas o prostitución incluidas, puede hacerse si se practica la discreción, se guardan los buenos modales y se paga a quien corresponde. Los consumidores y traficantes españolas de hachís que caen en manos de la policía marroquí siempre han cometido errores. Una actitud nerviosa, un aspecto exterior llamativo —a veces ir demasiado trajeado significa llamar la atención: es lo que les ocurrió a dos tipos de Ciudad Real— y la denuncia de los propios vendedores son las tres principales causas de caída. Algunos vendedores marroquíes no dudan en delatar a *camellos* españoles que consideran "meros aficionados". Se muestran así "cooperativos" con la policía y ésta puede exhibir cierta dosis de eficacia, la que acaba de llevar a Carlos López Riaño, delegado español del Plan Nacional sobre las Drogas, a calificar de "muy alto" el grado de colaboración prestado por Marruecos en materia de lucha contra el narcotráfico.

El material marroquí les llega a los 400.000 fumadores habituales de hachís de España por tres rutas: la del estrecho de Gibraltar, camuflado en turismos o camiones de mercancías o navegando sobre pateras y planeadoras; la que emprenden los yates y barcos de pesca que parten de las playas comprendidas entre cabo Negro y Alhucemas, y la que, desde el cabo Espartel, sube hacia Huelva, Portugal y Galicia. Los rayos X han terminado casi por completo con el negocio del *culero*, el pequeño transportista que se introducía el hachís en el ano o la vagina.

Hassan II anunció en 1992 una campaña para erradicar el cultivo en las montañas del norte de su reino. Tres años después, el *cannabis* goza allí de mejor salud que nunca. Los enviados especiales de EL PAÍS pudieron comprobarlo con sus propios ojos.

PABLO JULIÁ

Detalle de una planta de *cannabis* recién florecida.

El hachís invade Madrid

JORGE OTERO

Cualquier día de la semana, a cualquier hora, en calles, bares, parques y hasta en pisos particulares, los amantes del hachís pueden encontrar en Madrid diferentes tipos de *chocolate* marroquí con facilidad. "Yo siempre he encontrado hachís en todos los barrios en los que he estado, ya fueran del centro o de la periferia", afirma Inés, una auxiliar de clínica de 26 años y habitual fumadora de *porros* desde los 16.

Las estadísticas muestran un dato que no pasa inadvertido: en comparación con otras ciudades europeas, el consumo de hachís está altamente extendido en Madrid, "hasta el punto de duplicar y triplicar el de otras capitales", según un informe del Plan Municipal Contra las Drogas. Un paseo nocturno por las calles del centro basta para comprobar las decenas de *camellos* que actúan impunes un día tras otro.

Inés no ha leído las estadísticas, pero conoce muy bien esa realidad. Al igual que los 50.000 madrileños que, como ella, consumen habitualmente hachís, sabe que el mercado del *costo* es amplio y que mueve millones de pesetas a diario. Un negocio que se extiende como una plaga a otras drogas, como la cocaína o la heroína.

Cuando Iván, un estudiante de 23 años, y sus amigos van a comprar el hachís a su *camello*, éste les ofrece un variopinto escaparate en el que elegir: desde la tradicional *china* hasta el *polen* —resina de hachís seca en polvo—, pasando por el aceite que se impregna directamente en el cigarrillo, y por el *doble cero* —el más resinoso de todos y el de mejor calidad—, los fumadores de *porros* disponen de un gran surtido. Casi todo proviene de las plantaciones del norte de Marruecos, como la de Ahmed.

Por 500 pesetas se puede comprar un gramo en la calle, aunque el precio varía en función de la hora y el lugar en que se compre la mercancía. En la zona de Tirso de Molina, en el centro de la capital, el mercado está abierto, con descaro, desde primera hora de la mañana y no cierra hasta el ocaso de la tarde. Allí el gramo cotiza un poco menos, a unas 450 pesetas. En las barrios más alejados, los precios oscilan entre las 350 y las 400 pesetas. Cuando la compra es superior a los doce gramos, se negocia el precio.

El aceite de hachís, del cual dos gotas equivalen a un *porro* de marihuana, y el famoso *doble cero* son más caros: su calidad les convierte en unos *manjares exquisitos* que los vendedores se reservan para ellos o para los mejores clientes. Apenas se ven por la calle y su precio alcanza las 750 pesetas.

Tramposos en la calle

El negocio del hachís está lleno de trampas y de timadores dispuestos a aprovecharse de los más ingenuos. "Hay que saber lo que estás comprando y, sobre todo, conocer a la persona que te lo está vendiendo porque si no te colocan *costo* muy malo, adulterado con ceras o con cualquier otra cosa", aconseja Francisco, un albañil de 50 años que redondea su nómina pasando hachís en un bar del barrio del Pilar, al norte de la capital. Un buen contacto es fundamental a la hora de lograr un hachís bueno, fresco y aromático, de color verde pardo.

Otro punto oscuro del mercado del hachís reside en la manipulación de los precios por parte de los grandes traficantes y camellos. Pero Iván está dispuesto a pagar lo que sea: él piensa que *un porro* es la mejor terapia para olvidar las penas. Y se lía uno mientras sonríe.